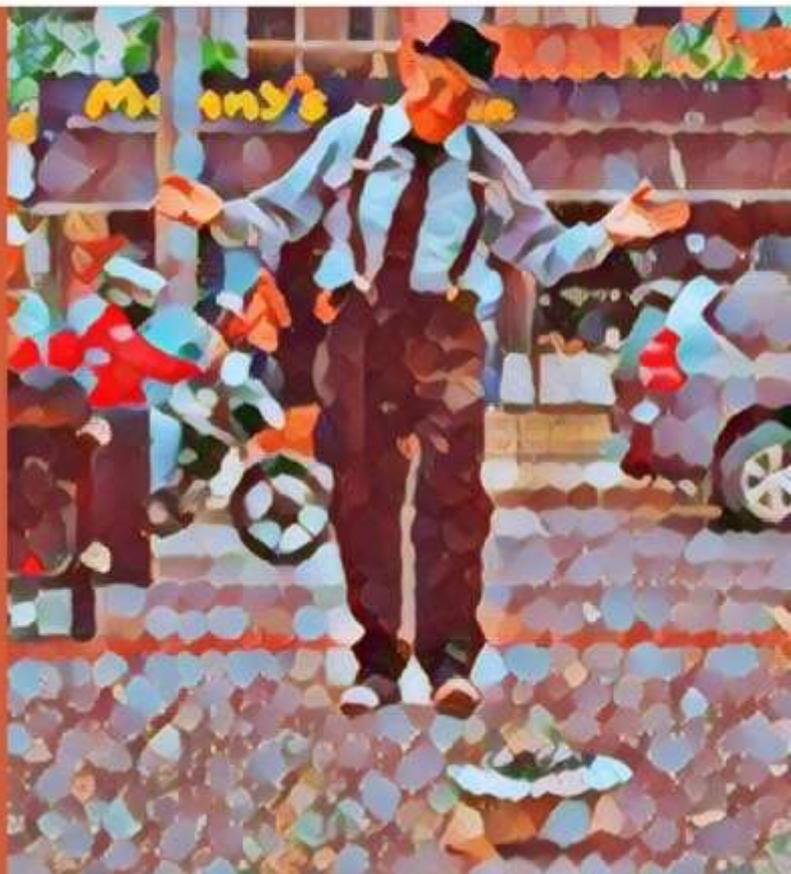


AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

**18 . EL OLVIDO DEL OTOÑO /
¿POR QUÉ MI GENERAL NO ME
QUIERE
VALERIA SOTO DAZA**

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Valeria Soto Daza

**El olvido del otoño /
¿Por qué mi general no me
quiere?**



El olvido del otoño

Zapatillas blancas y traje de gala sin arrugas ni polvo, pues las fuertes ráfagas de viento que arrastraban las hojas de los arbustos pulían su antes rugoso paño, esas mismas hojas se llevaban con sigilo la opacidad de la noche anterior y capturaban el fulgor de aquella nueva madrugada. El anciano, sin falta, se despertaba antes de que sonara la alarma, costumbre que había adquirido en sus años mozos, que si bien no era necesaria pues no cumplía horarios fijos, era una muestra más de su férrea disciplina. Con una taza de café negro caliente y unos huevos batidos y poca sal, se llenaba el estómago sin conocer con certeza cuándo volvería a degustar aquel manjar.

Vivía en una pequeña habitación arrendada cercana a un oscuro callejón en el sur de Bogotá, punto último de los desechos descartados por los indolentes vecinos del lugar.

Con el sombrero inclinado ligeramente hacia su izquierda, su bastón hecho a mano, y sus lentes color café, caminaba Don Alberto al natural adornado por su sonrisa excepcional allí presente pese a los terribles

dolores en las rodillas que le aquejaban a causa del reumatismo no tratado, pues para él, la merced del “Sisbén” era para otros más necesitados.

8:00 am, empieza el espectáculo, Don Alberto procede a abrir su maletín desvencijado y descolorido, reflejo de los años bajo la lluvia, la intemperie y su soledad. Saca un par de zapatos perfectamente lustrados, al igual que un chaleco de lentejuelas, prenda que lo acompañó en sus mejores momentos, pero que, por el deterioro, reflejan el implacable paso del tiempo. Se sienta en la acera y de manera metódica ata sus zapatillas, para luego ajustarse su distintivo chaleco, pues emite destellos multicolores bajo la tibia luz solar de la mañana.

Era ya de costumbre recibir miradas de disgusto, pero que atribuía gentilmente a vidas vacías de oficinistas y trabajadores que tenían que lidiar no solo con trabajos desgastantes y jefes humillantes, sino que adicionalmente, tenían que sufrir largas horas de espera en la parada de autobús viendo bailar un senil anciano. Sentía pena por ellos. No obstante, pensaba que alguno de ellos disfrutaría de sus increíbles dotes artísticos pulidos con el paso del tiempo gracias a las incontables jornadas de perfeccionamiento. Más que recibir un par

de monedas, le fascinaba recordar aquellos tiempos en los que era un bailarín envidiado por los jóvenes y centro de las miradas coquetas de las muchachas.

El anciano levanta los brazos, alza la cabeza, mira a su público, y mueve sus piernas al ritmo de la música que solo él es capaz de percibir, hace un giro mientras que el viento besa sus arrugas, la misma sensación y los mismos movimientos que generaron aplausos en las concurridas discotecas de su ciudad natal en las que, como él, amaban la músicaailable acompañada siempre de un vaso de licor para “tomar impulso”.

Cuando Don Alberto cerraba los ojos, regresaban a su conciencia imágenes de sus días de gloria. Creía que lo tenía todo, pues nada ni nadie le podían arrebatarse la felicidad que él creyó dominar en su juventud. Se podría decir que vivía su “segunda juventud”. A pesar de no terminar los estudios de ingeniería civil por aquella “rebeldía loca”, cambió por trabajar en un bar como bailarín. Pudo haber “triunfado socialmente”, debido a que su familia al pertenecer a un nivel social prestante, podía costear las mejores universidades. Sin embargo, fue adentrándose inexorablemente en un túnel sin retorno, ignorando las advertencias, pues su falta de motivación por efectuar un sueño que no era suyo

comprometía no solo su tiempo, sino también su visión de mundo, hecho que funcionó como un tapón a los comentarios plagados por incompetencia, avaricia y arrogancia. Él decidió que nadie a excepción de él, sería capaz de moldear su destino a su favor, pese a nunca haber creído en él.

Poco a poco sus familiares y a quienes consideraba como amigos cercanos lo fueron apartando. Su situación económica se deterioró aceleradamente y casi a la par, perdió su trabajo a raíz de su tóxica relación con el alcohol y las malas compañías.

Allí, Alberto era lo más parecido a un mendigo encadenado a un futuro incierto, cercado por las filosas garras de una Bogotá insensible que desprecia a los desposeídos, pues arrincona a soledades infinitas en las que solo son compañía los fríos vientos y los despojos de los infortunados, que son arrastrados como las hojas en otoño.

Los pliegues en su piel se iban acentuando, los dolores articulares y musculares eran cada vez más recurrentes. Sabía que, en un país del tercer mundo como aquel, los viejos terminan en las calles o son recluidos en pequeñas instituciones como animales en cautiverio, sin más valor que muebles viejos que sobran

en una mudanza. Conocía que su camino último se aproximaba.

Aquella mañana de una fecha que no vale la pena recordar, Don Alberto, como cualquier otro día, se aferraba dichosamente a la idea de deleitar a su audiencia con los pasos propios de un galán de los años sesenta. Sin embargo, su mañana se vio opacada por una anomalía, su reloj despertador llevaba sonando hace media hora y él no lo había notado. Le echó la culpa a la agotadora jornada del día anterior. Al intentar levantar la mano derecha para presionar el botón de apagado de la alarma, Don Alberto no pudo hacerlo, se vio invadido por un desesperante sentimiento de angustia, ¡su cuerpo no respondía! Después de unos minutos de la desesperada lucha por recuperar su fuerza, comprendió que era su reloj biológico el próximo a descomponerse. De repente, el sentimiento de impotencia fue sustituido por una inmensa paz, fruto de saber que había vivido con toda la intensidad que cada bombeada de sangre le podía ofrecer a su débil corazón. Al final, una dolorosa punzada fue precedida por una lágrima que se deslizó por su rostro, humedeciendo sus secas mejillas como una gota de rocío que moja una hoja de otoño al caer en el olvido.

¿Por qué mi general no me quiere?

Para mí no ha sido fácil esta guerra, si bien hemos luchado por la independencia de nuestra nación, la pérdida de tantos compañeros de armas me hace pensar si valió la pena su muerte y la soledad de su ausencia, solo para obtener un final glorioso. No sé a qué llamen gloria o si la he conocido algún día, solo sé que mis llaneros se mueren de hambre y frío en este Pantano de Vargas infestado de mosquitos que absorben hasta la última gota de sangre que nos queda, pues los harapos que vestimos apenas nos cubren la dignidad restante.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde que mi general Bolívar me nombró coronel frente a todos mis hombres! ¿qué habrá visto en mí? Recuerdo que ese día conseguí un uniforme prestado, porque la ruana llanera no era apropiada para el momento. Tal vez él reconoce el respeto que sienten los llaneros por mí, pese a ser solo un soldado más en esta sangrienta guerra.

No soy muy diferente a mis llaneros, visto los mismos andrajos que nos regalan en cada pueblo por el que pasamos, y mi espada tiene más mellas que años de forjada, pese al cuidado que le brindo en las noches de desvelo. Mi caballo me ha acompañado desde que todo

esto inició, y no sé si aguante una batalla más. Sin embargo, veo en los ojos de mis hombres el coraje y la valentía de los llaneros con los que crecí, esos hombres que son capaces de montar a caballo con un par de cobijas en vez de una silla y que al galope pueden derribar a toda una fila de españoles, esos hermanos que solo le tienen miedo a la deshonra y a una muerte indigna.

Entiendo que algunas veces no sea el mejor al pedir cosas para mis hombres, ya que mi franqueza suele confundirse con arrogancia, pero no entienden que solo yo los he visto doblarse de hambre en el campamento y sin embargo, nunca escuche queja alguna de mis valerosos compañeros. No obstante, me siento responsable por ellos, por eso creo que mi general tiene dudas sobre mí y mis hombres, porque a pesar de ser un solo ejército hay oficiales que tienen más pertrechos que los demás, tal vez por su cercanía con mi general, o pueda pesar más que yo solo sea un oficial negro al servicio de esta naciente República.

Es de madrugada y la niebla no deja ver mucho más allá de las fogatas que hemos logrado prender, con la poca madera mojada que conseguimos. Un soldado me ayuda a vestir, esto me causa un poco de vergüenza

ya que no cuento con suficiente ropa. Sin embargo, así lo dispone el protocolo militar para los oficiales de alto rango.

Al salir de mi tienda vuelvo a esta cruda realidad, pues mis pies hacen contacto con el fango que se filtra por las sandalias que obstinadamente calzo, pues las prefiero a las botas asignadas a los oficiales, tal vez si todos mis hombres las tuvieran yo me las pondría, pero las sandalias que uso me han acompañado en más campos de batalla que hombres en esta batalla.

¡Ahí están mis llaneros! catorce valerosos e incondicionales guerreros que darían su vida por mí y por la causa. Uno de ellos me pregunta si pueden formar, a lo que respondo que no, pues el general no nos ha dispuesto para la batalla, él sabrá por qué. Ellos conocen lo que se rumora de mi relación con el General Bolívar, siento sus dudas, pero respetan mi silencio.

Ya van ocho horas de escaramuzas y combates aislados, pero aún no se define la batalla para ningún bando. Aunque los españoles cuentan con superioridad en armas y hombres, no nos superan en el número de valientes. Con su mirada mis llaneros reclaman participar en la batalla, pero el general me dice que aún

no y no dejo de sentir algo de culpa por mi torpe franqueza pasada.

Escucho a otros oficiales dar la orden de retirada. ¿Retirada? entiendo su significado, pero no es lo que los llaneros consideramos digno para un soldado, pues solo nos retiramos cuando se ha ganado o muerto, no hay otra opción. Además ¿con qué cara les voy a decir a mis hombres que se perdió y que tienen que retirarse? Al llegar al lado del general le oigo decir que se nos vino encima la caballería, que se perdió la batalla...

¿Cómo que se perdió la batalla si mis hombres no han peleado? Veo que voltean a mirarme los oficiales cercanos al general y de reojo lo veo a él con su mirada perdida, cuando en realidad no quise decir eso, eran solo pensamientos que salieron atropelladamente de mi boca. El abatido general me mira y me dice, cómo si yo fuera su recurso final, ¡coronel Rondón, salve usted la patria!

En ese momento me di cuenta de mi error y lo comprendí todo, el general no me tenía desconfianza, yo era su última esperanza, al único que confiaría el destino de la patria. No lo pienso dos veces, ni siquiera atino a contestarle pues en la batalla las armas son las que

hablan y los mejores argumentos se sustentan con sangre y sudor.

Me lanzo al campo escuchando al comandante Barreiro presumir que su victoria no se la quita ni Dios, pero lo que él no sabe es que 15 centauros han partido al encuentro de la gloria, con la única consigna de entregar su vida por la orden del general, que confió la patria a un puñado de humildes soldados vestidos con harapos.

VALERIA SOTO DAZA



Nació el 29 de diciembre de 2006 en Bogotá, Colombia. Pese a su corta edad ha sido merecedora de reconocimientos a nivel intercolegial, al ocupar el primer puesto durante dos años consecutivos en la categoría de cuento corto del CNI, destacados por “El olvido del otoño” (2021) y “¿Por qué mi general no me quiere?” (2020). Actualmente, su pasión por cultivar y conservar su legado en la literatura se ve auspiciado por el sueño de ser parte de los autores hispanohablantes galardonados internacionalmente, al buscar representar el talento, la entrega, y el potencial de la escritura colombiana.



Título: El olvido del otoño / ¿Por qué mi general no me quiere?

Autor: Valeria Soto Daza.

Edición digital Hoja en blanco. Septiembre, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY — NC — ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

